



HOWARD FAST

LA HIJA DEL INMIGRANTE



Howard Fast sitúa en nuestros días la continuación de la saga de los Lavette, llegando hasta la cuarta generación. Mientras que en *Los inmigrantes* Dan Lavette es la figura principal, en la presente novela su hija mayor, Barbara, constituye el foco de este apasionante y denso relato. Tras una vida rodeada de peligros, amor y muerte, Barbara —ahora ya sexagenaria—, que ha participado en casi todos los acontecimientos trascendentales de su tiempo, lleva una vida cómoda en su adorada San Francisco, rodeada por el variopinto clan Lavette. Sin embargo, de pronto decide embarcarse en una arriesgada aventura periodística en América Central, en donde vive un nuevo romance amoroso con un amargo desenlace.

Howard Fast, uno de los más grandes novelistas estadounidenses, que ha tratado magistralmente los temas de este país desde la Revolución hasta hoy, en *La hija del inmigrante* ha logrado el retrato de una auténtica heroína norteamericana.

Dedicado a ti, querida Bette: esposa, amante
y compañera en todo lo mejor y lo peor durante
medio siglo.

Capítulo I

Ella estaba pensando que eso era exactamente lo que necesitaba, una fiesta de cumpleaños. Sí, en efecto, justo lo que necesitaba para recordarse a sí misma que tenía sesenta años. «Gracias, gracias, gracias, tengo sesenta años. Eso es algo que debe celebrarse, ¿verdad? Aquí está mi brindis: los sesenta elegantes y los setenta maravillosos. Malos versos y estúpidos. ¿Acaso no se llora aún a los sesenta? ¿O es que el humor salado de las lágrimas es producido por un catarro del comienzo de la senectud?». Todos eran pensamientos de indecisa protesta y, en realidad, significaban: «Por favor, dejadme en paz. No es que no desee que me lo recordéis, porque me resulta imposible olvidarlo ni un momento, e incluso puedo afrontar el hecho de que sea una anciana... Sí, a pesar de vuestras indignadas protestas. ¿Anciana? ¿Desde cuándo se es anciano a los sesenta? Aún eres joven, vital, hermosa, y todas esas zarandajas. Soy vieja y la verdad es que me importan un rábano las fiestas y cualquier otra clase de celebración».

El teléfono sonó.

Barbara Lavette levantó el auricular y habló con su hijo, Sam, socialmente el doctor Samuel Thomas Cohén, quien llevaba el nombre de su padre y que recomponía pies y manos con gran destreza. En el tono resuelto y de conocida suficiencia que los médicos suelen emplear, informó a su madre que él y Carla pasarían a recogerla sobre las once. Algo en Barbara reaccionaba siempre contra Carla, incluso el solo hecho de oír mencionar aquel nombre. Carla no le gustaba. A pesar de lo mucho que lo había intentado, de lo

mucho que se había estudiado a sí misma, no había conseguido sentir afecto por la esposa de su hijo. Eso hacía que estuviese llena de remordimiento. Carla era chicana, una mexicana, si bien nacida en California. Una familia establecida allí desde la quinta generación; más generaciones de las que Barbara podía recordar y, por buenos y sobrados motivos, era orgullosa, siempre estaba a la defensiva y llena de reservas, salvaguardas y prevenciones. Una actriz frustrada, que se había ofendido cuando Barbara se había referido a ella como a una artista.

—No utilices esa jerga feminista conmigo. Soy una chicana y una actriz.

Era una mujer difícil, físicamente bonita, con la cara redonda, senos y caderas rotundos; pero lo bastante alta como para llevarlo con elegancia y dignidad. Sin embargo, al igual que un puercoespín, había púas de cólera y resentimiento en ella que se erizaban por una palabra, una sugerencia, una entonación. Barbara se preciaba de que su relación con Carla era cordial y, aunque no afectuosa, se mantenía, al menos, una razonable apariencia de cariño. Tal vez sí. Nunca había estado segura por completo ni tampoco libre de la carga de culpabilidad que sentía ante aquella falta de interés por su nuera.

—¿Sam? —respondió Barbara.

Él reconoció el tono de su voz.

—Madre, queremos pasar a buscarte. Ya sé que puedes conducir tú misma.

—No estaba pensando en ir sola con mi coche, sino en quedarme en casa. No puedo enfrentarme a ello. Tú no lo comprendes, Sam, pero no puedo.

—Madre, hace siete meses que Boyd murió —dijo él casi con dureza—. No debes seguir torturándote. Esas personas te quieren y desean mucho verte.

Ella podía imaginárselo mirando el reloj mientras hablaba con ella. Siempre estaba mirando el reloj o escuchando el timbre que le llamaba al teléfono. Tenía el día precisa y

cuidadosamente repartido. También Joe, el hermano de Barbara, era médico, pero vivía con tranquilidad. Incluso podía olvidar el reloj, dejarlo en la mesilla de noche. Sam era incapaz de ello.

—No me estoy torturando —repuso Barbara molesta—. Y no me agrada que me hables así, Sam.

—Lo siento, madre. Pero, por favor, por favor, no rechaces a todo el mundo. Nosotros te queremos y hemos hecho muchos preparativos. ¿Puedo pasar a buscarte?

Ella suspiró.

—Sí. Está bien.

Fue consciente de que se estaba comportando de una manera infantil y malhumorada. A decir verdad, no tenía la menor intención de evitar su fiesta de cumpleaños. Jamás había sido cruel y hubiera resultado una crueldad no hacer acto de presencia, cuando toda la familia se había reunido por ella. Era una pataleta suya, admitió para sí, subrayando el hecho de que siempre había despreciado a los llorones; pero, en ese caso, había sido una excusa para que Sam la recordara, se ocupara de ella, le suplicara. Él la hubiera mirado atónito si le hubiese dicho que la tenía olvidada. Todo el mundo la había olvidado... o ella había olvidado al mundo. Eso sólo habría provocado más asombro. ¿Cómo podía explicar lo que había ocurrido en su interior?

Carla se mostraba cariñosa. Podía ser encantadora cuando se lo proponía. Besó a su suegra, cosa poco usual, y dijo a Sam:

—Tú conduces, doctor. Barbara y yo compartiremos el asiento posterior; tengo varios asuntos que hablar con ella.

Después, se volvió hacia Barbara.

—Estás preciosa —dijo.

Su suegra vestía una chaqueta de lino gris claro sobre una blusa de seda blanca, un conjunto que hubiera podido llevar igualmente treinta años atrás. Ella mantenía su silueta y el cuerpo firme.

—No irás a dejarte el pelo blanco —añadió Carla.

Barbara se preguntó si Carla sería consciente de su costumbre de dar con una mano mientras quitaba con la otra. Tenía algunas canas en su castaño cabello, pero en absoluto era blanco.

En el coche, cruzando el puente Golden Gate camino de Napa Valley, Carla dijo a Barbara:

—Intento contenerme, pero me encuentro a punto de explotar, y no voy a fingir más. Me han dado el papel de «Annabella»... , por fin, por fin, y es todo un bombón, seis semanas en el centro. ¿Te imaginas, Barbara? ¡«Annabella»!

—Un momento. Es maravilloso, desde luego, pero ¿Annabella qué?

—Es la obra de John Ford —contestó Sam—. *Lástima que sea una puta*. «Annabella» es la protagonista..., ya sabes, madre, se enamora de su hermano y...

—Conozco la obra —le interrumpió Barbara—. De hecho, la representamos hace siglos en el «Sarah Lawrence». Oh, no temas —tranquilizó a Carla—, no hice el papel de «Annabella». No, yo interpreté a una enfermera o algo parecido. Hay una enfermera en la obra, ¿verdad?

—Sí.

—Carla, me parece estupendo. Realmente maravilloso. Es por lo que habías estado trabajando, ¿verdad? Y en el centro. ¿Cuándo? ¿Cuándo se estrenará?

Más calmada, Carla le informó de que habría seis semanas de ensayos y que el estreno se celebraría justo después de Año Nuevo.

—Por supuesto, nadie hace la obra tal y como fue escrita. Ford no era Shakespeare, y partes del guión original son un puro desorden. Nuestro director, Stan Lewis, la está reescribiendo y reestructurando...

Y así continuó hablando. Barbara escuchaba, intentando asentir en los momentos adecuados y, después, desvió la mirada hacia las verdes colinas de Marin County. Hacía casi dos años que no había estado en los viñedos de Higate, en Napa Valley, un lugar ligado a las vidas y recuerdos de las

dos familias que habían tenido su comienzo en la asociación de su padre, Dan Lavette, con Mark Levy; era muy triste no experimentar ninguna sensación de alegría. Durante la mayor parte de su vida adulta. Napa Valley, y el viejo lugar que Jake Levy había comprado después de haber sido licenciado del Ejército cuando la Primera Guerra Mundial acabó, habían sido una especie de jardín del Edén en la mente de Barbara. No porque hubiera pasado allí mucho tiempo; con que existiese era suficiente, se trataba de un sitio al que poder acudir en los momentos de abatimiento o hartura del resto del mundo. Pero eso había cambiado. Con Boyd muerto, nada era igual.

El mundo se volvió sombrío. Durante tres semanas sólo abandonó su casa a fin de comprar lo indispensable para sobrevivir. Ya había sufrido depresiones en el pasado y, sabiéndolo, su hermano Joe le había advertido, en prudentes términos médicos, que, en cierto modo, se estaba suicidando.

—¿Quieres morir? —le preguntó, ejerciendo el derecho del médico de plantear cualquier clase de asunto, por muy íntimo y degradante que fuera.

Se sintió más que provocada ante aquella pregunta.

—¡No seas estúpido!

—Me parece que adivino —repuso Joe, de aquella forma tan amable con que solía tratar a los pacientes— de dónde proviene tu culpabilidad. Estás dominada por ella, Barbara.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Tal vez.

—¡Adivina! ¡Me importa un comino!

Había olvidado que era medio chino, su hermano Joseph, medio hermano en realidad; nacido del segundo matrimonio de su padre con una mujer china llamada May Ling, y, de repente, le pareció muy chino, a pesar de tener aquella complexión de noventa kilos de peso y casi metro noventa de estatura. La idea le hizo sonreír; enfadarse con Joe

Lavette. Nadie podía enojarse con él. ¿Quién se enfadaría con un enorme e inteligente perro San Bernardo?

—Has estado leyendo estadísticas: los hombres casados son menos propensos a los ataques de corazón. Las estadísticas son un maravilloso sustituto de la mente; pero, de hecho, el caso es que Boyd vivía con el corazón enfermo, muy enfermo, desde hacía años. Si te hubieras casado con él, nada habría cambiado. Yo no recomendé el marcapasos. Estaba convencido de que no podría soportarlo en sus condiciones, pero él insistió. Sabía que el final le había llegado y la idea de que la operación pudiera proporcionarle cinco años más contigo le decidió a desafiar a la muerte. Era un hombre bueno y te adoraba.

Ella lloraba.

—Si me hubiera casado con él... —empezó a decir entre sollozos—, lo deseaba tanto.

—Estabais mejor juntos que cualquier pareja casada que yo conozca. De acuerdo, es bueno estar triste y las lágrimas pueden ser una terapia, pero la culpabilidad no. Quita el apetito. ¿Cuántos kilos has perdido?

—No lo sé. No suelo pesarme.

—Yo diría que demasiados. No eres de tipo anoréxico. Déjame llevarte a casa, a Napa. Jamón ahumado para cenar.

Había rechazado la invitación, pensando para sí que su hermano podía ser una clase de chino extraño y fantasmal, pero la charla con él le había ayudado a liberarse del sudario de conmiseración que se había estado tejiendo. Su querida amiga Eloise, que fue a visitarla un día o dos después, lo expresó con claridad:

—Sabía que no te quedarías hundida en la autocompasión, Barbara. Es lo que yo solía hacer con aquellos horribles dolores de cabeza que ningún doctor pudo curarme, y después, cuando Josh fue herido en Vietnam y regresó a casa sin una pierna, lloré y me estuve revolcando en la autocompasión y la culpabilidad hasta que nadie pudo sopor-

tarme, excepto tú y el pobre y querido Adam, pero desapareció. El dolor desaparece.

A menudo, Barbara había sentido la tentación de decir que Eloise no había cambiado, pero una segunda mirada sofocaba la tentación. Un gran cambio se había realizado en ella. Se había enfrentado a la vida con su rostro ovalado y encantador, ojos azules, cabellos rubios y una voz queda e insignificante que engañaba a la gente. Nadie que tuviera el aspecto de Eloise y aquella voz podía tener cerebro; sin embargo, era inteligente, perspicaz y había vivido durante años con una dolorosa enfermedad incurable sin permitir nunca dejarse dominar o derrotar por ella. Había estado casada con Thomas, hermano de Barbara, unión infeliz, y, entonces, se había divorciado de él para casarse con Adam Levy, nieto de Mark Levy, el socio del padre de Barbara. Así transcurrían sus pensamientos, sueltos, desordenados, mientras Carla proseguía con su relato del argumento de la obra de Ford, de su papel y de cómo pensaba enfocarlo. Barbara asentía en los momentos apropiados, pero no escuchaba demasiado; se hallaba sumida en el pozo de sus propios recuerdos, desgranando el pasado que se avivaba por su visita a los viñedos.

La muerte de Boyd había sido el motivo de que todo cambiara para Barbara. El sólido esquema de realidad se había tambaleado, derrumbándose. La vida y la muerte, de pronto, ya no estaban separadas. Cuando había llorado, lo hizo por todo el amor y la belleza desaparecidos para siempre.

—¡Carla! —exclamó Sam con brusquedad.

Barbara se dio cuenta de que Carla no había interrumpido su relato ni por un instante.

—Hablo demasiado —dijo Carla—. Bueno, no suelo hacerlo, pero ahora que tengo algo que explicar sobre... Sam, ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez cuántas horas me he pasado sentada escuchándoos a tus estúpidos amigos doctores y a ti todos vuestros comentarios profesiona-

les? Pero, claro, eso era importante. Ser actriz no vale nada. Nada en absoluto; sólo evita que me quede embarazada y traiga más Lavette al mundo...

—Carla, no quería decir eso, te lo aseguro. Por favor, no convirtamos esto en otra pelea.

—¿Por qué no? ¿Porque Barbara está aquí?

La enrollada espiral de una discusión empezó a tensarse. Barbara se había encontrado otras veces en aquella situación y se acobardó. Los estallidos de ira por parte de su hijo la desconcertaban y aterrorizaban, y Carla podía ponerse a la altura de la furia de su marido con una intensidad latina que se oponía a la rabia de Sam. Barbara había pensado a menudo que aquel matrimonio nunca hubiera debido llevarse a cabo, y suponía que la única fuerza que lo mantenía unido era la transformación de la ira en una pasión sexual del mismo nivel. Era una conjetura que la inquietaba; madre e hijo mantenían conceptos de mutuo pudor que no se ajustaban a la realidad.

Y fue en aquel momento cuando vio que el autobús escolar perdía la rueda trasera derecha. Habían pasado Schellville, en dirección Este, hacia Napa, cuando Sam se había encontrado detrás del autobús. Conducía de forma automática, con la atención centrada en la creciente discusión con su mujer, no intentó adelantar al autobús, el cual iba circulando a sesenta por hora. De hecho, iba prácticamente pegado detrás. Entonces, Barbara observó que el vehículo perdía la rueda posterior y gritó:

—¡Sam, por Dios, mira! ¡El autobús!

Ella vio el resto y fue como estar contemplando una película a cámara lenta. Un viejo autobús escolar, amarillo, medio lleno de niños en su interior, unos once o doce; incluso en aquella fracción de segundo que presagiaba la inminente tragedia, Barbara pudo calcular el número de niños. La rueda salió de la carretera, el autobús escolar dio un bandazo hacia la derecha y el conductor, tratando de mantenerlo bajo control, lo hizo girar hacia la izquierda, y

allí chocó de frente con la camioneta de un hortelano que circulaba en sentido opuesto. El pie de Sam sobre su propio freno consiguió hacer que su coche se detuviera a poca distancia de los dos vehículos accidentados.

Sam saltó del coche en el mismo instante en que se paró, mientras gritaba a Carla:

—¡Mi maletín, en el maletero!

Le lanzó las llaves al tiempo que corría hacia el autobús. Ella abrió el maletero; Barbara salió corriendo tras de Sam sin esperar a que Carla cogiera el maletín y el paquete de vendas que Sam llevaba siempre en el maletero.

—¡Vendas... —gritó Sam—, el paquete, al lado del maletín!

Entonces abrió la puerta posterior del autobús y se precipitó en su interior. Su madre lo siguió; una verdadera agonía de sonidos la recibió, gritos de pavor y dolor.

El humo llenaba el autobús.

—¡Sácalos, mamá! —exclamó Sam—. ¡No te preocupes de las heridas! ¡El autobús está ardiendo!

Ella empujó fuera a dos niños que podían andar.

—¡Fuera, cariños! —dijo, o algo así—. ¡Alejaos del autobús!

No supo si ellos la habían oído. Entonces Carla llegó con el maletín de Sam. Una niña yacía encogida en un asiento con una herida sangrante en la cabeza. Los niños debían tener unos siete u ocho años. Barbara cogió en brazos a la niña que estaba inconsciente.

—No la muevas si está herida —dijo Carla.

—Sam los quiere fuera del autobús.

—¡Aquí! —gritó Sam a Carla—. ¡Ven aquí! ¡Necesito ayuda!

Alguien se lamentaba fuera del autobús. Barbara recorrió unos quince metros antes de dejar a la niña a un lado de la carretera y después se dedicó a agrupar a los demás lejos del lugar del accidente. Carla bajó del autobús con

otro niño en los brazos y a continuación Sam entregó a Barbara otro que sangraba.

Un coche se detuvo y el conductor acudió corriendo a ayudar. Un hombre negro. Se precipitó al interior del autobús sin decir una palabra. Salió con otro niño en los brazos, seguido por Sam, que llevaba a otro pequeño.

—Quedan dos más ahí dentro.

Entregó el niño a Carla. Barbara había regresado al autobús. Uno de los dos pequeños heridos podía andar. El otro gemía de dolor mientras Barbara trataba de sacarlo de debajo de un asiento donde había quedado atrapado.

—Déjeme a mí —dijo el hombre de color.

Juntos consiguieron liberarle. Barbara se disponía a acercarse al chófer. Los ojos le ardían debido al humo.

—¡Madre, sal de ahí! —gritó Sam—. ¡El chófer está muerto!

El humo se había hecho más denso cuando buscaba el camino de la puerta de salida. Sam y Carla dieron un tirón de ella.

—¡Corre, corre! —apremió Sam.

El autobús estalló en un surtidor de llamas cuando ellos llegaban al lugar donde todos los pequeños se encontraban reunidos; pedazos de cristal y astillas ardiendo del autobús les cayeron encima. Los niños estaban gritando. Barbara intentó calmarles. Ninguno de ellos estaba herido de gravedad, sólo tenían rasguños y contusiones. La primera niña que Barbara había sacado estaba consciente. Sam corrió hacia la camioneta, donde el conductor, aullando de dolor, trataba de resistirse a que le alejara de ella. Entonces, el hombre se desvaneció.

Carla y Sam trabajaron juntos, con calma y destreza. El hombre negro se despojó de la chaqueta, se quitó la camisa y la rompió a tiras que servirían para sujetar los vendajes. Aquello la hizo retroceder cuarenta años, a aquel infame Jueves Sangriento, cuando los estibadores del muelle de San Francisco se enfrentaron a la Policía y ella ayudó a los

hombres a llegar a un puesto de primeros auxilios durante toda la calurosa y maldita mañana. Diferente, pero igual en cierto modo, porque, tal y como le pasó de manera fugaz por la mente, el tiempo es una ilusión y allí estaba ella arrodillada, abrazando contra su pecho a un niño lloroso y sangrante mientras se desesperaba con sus propios recuerdos.

Habían llegado ambulancias, coches de bomberos y de Policía y grúas. El chófer de la camioneta y los niños heridos fueron introducidos en las ambulancias. La Policía tomó declaración, informó a Sam de que serían convocados para el juicio, y, finalmente, se quedaron solos en el arcén.

Los restos de los vehículos desaparecieron con las grúas y las cuatro personas, manchadas de sangre de pies a cabeza, permanecieron allí con sus coches.

El hombre negro, en camiseta pero manteniendo su dignidad, se presentó:

—Harvey Lemwax.

—No —exclamó Carla—. No puede ser. Usted no es Harvey Lemwax. Estas cosas no ocurren.

—Oh, claro que sí. Harvey Lemwax.

Sam presentó al grupo.

—Ésta es mi esposa, Carla; mi madre, Barbara Lavette, y yo soy el doctor Sam Cohén. Por la reacción de Carla, supongo que debería sentirme avergonzado de no reconocerle. Lo siento. Por desgracia, la mayoría de los médicos sabemos muy poca cosa, aparte de nuestra profesión.

—No se disculpe, por favor.

—Entonces, infórmenos.

—Bien..., toco la trompeta...

Los conocimientos de Barbara con respecto a nombres de trompetistas eran inexistentes, pero, por otra parte, Harvey Lemwax no dio muestras de que hubiera oído hablar de Barbara Lavette. Por supuesto, no era la más famosa escritora de los Estados Unidos, aunque tampoco se trataba de una desconocida. Había ocupado un lugar en el *Quién es quién* durante los últimos treinta años, y si sus libros no

eran más leídos, seguro que su pasado había merecido titulares suficientes como para no tener que disculparse.

—Seguro que debe de ser algo soberbio —dijo Barbara—. Si toca la trompeta de la misma forma que se metió en ese autobús en llamas, me descubro ante usted.

—Soberbio es una pobre palabra —replicó Carla.

—Ya que hablamos de llamas —prosiguió Barbara—, he estado tosiendo hasta reventar. ¿Debería preocuparme, Sam?

—Oh, no, no. Lo que necesitamos es un trago.

—Soberbio, sí, eso es —dijo Carla—. Uno de los tres o cuatro grandes, y, cuando digo grandes, me refiero a los mejores. Al lado de Dizzy Gillespie, Louis Armstrong y Roy Eldridge.

—¡Es demasiado exagerado! —exclamó Lemwax—. Son ustedes buenas personas. Me alegro de haberles conocido, ha constituido un buen encuentro, excepto que debemos decir que Dios ayude a ese pobre conductor y perdone su alma. ¿No hay complicaciones con los niños, doctor?

—Cortes, contusiones, un brazo roto, dos o tres dientes partidos y un poco de sangre. Nada irreparable, en absoluto. Pero no se deje decaer por el ocaso del sol, Harvey. Hoy es el cumpleaños de mi madre.

—¿Es su madre?

Ya se lo habían dicho, recordó Barbara.

—Es demasiado joven y hermosa.

—Que Dios le bendiga —contestó Barbara.

—Lo que trato de decir —informó Sam—, es que en el maletero de mi auto hay una nevera con seis botellas de un hermoso champán francés. La celebración del cumpleaños de mi madre debería tener lugar en el hogar de la familia, en la parte norte del valle de Napa, donde tienen unos viñedos donde viven, de la que hablan y conocen. Son unos campesinos fanáticos que no beberán vino francés y no querrán ni oír hablar del champaña francés. Pero mi madre requería un brindis como es debido, así que quédense